

N° 102 | ISSN 0120-2537 | BARRANQUILLA, COLOMBIA | JULIO - DICIEMBRE DE 2017

# Huellas

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



## Nostalgia por los cosmopolitas

POR ► ANDREA JULIANA ENCISO

A cabo de salir de una de mis tantas reuniones, y entre las alarmas del teléfono, los mensajes sobre pagos, correos de tareas siempre urgentes y las conversaciones de corredores, tengo la impresión de que puedo pasar días completos sin musitar palabra sustancial alguna, o al menos sin preguntarme cuál y cómo es mi relación con el mundo circundante y con los otros. Sé que no soy la única y lo reparo con cierto horror cuando hablo con mis amigos o mis pares de generación. Pienso entonces que pertenezco a una generación que, en su imposibilidad de ver al otro, al que se escapa a la “selfie” o al narcicismo de las redes sociales, ha perdido cierta capacidad para preguntar. Y cuando me refiero a preguntar pienso en la habilidad y el interés por aprender y saber sobre el otro, por el otro y la otredad.

Victor Segalen, ese maravilloso viajero francés de finales del siglo XIX, decía que la diversidad, esa fascinación por la diferencia, por lo exótico, solo puede surgir cuando nos interesamos por aquello que no somos nosotros y aun así nos acerca de la manera más íntima, y en ocasiones inesperada, a nosotros mismos. Preguntar es una acción que debe surgir, imperativamente, de la curiosidad por aquello diverso, ajeno y a veces extraño que no es abarcable a partir de la predictibilidad de la cotidianidad. Cuando las diferencias



“Vida” 3.0, de Nico Bigotin, ilustración digital, 2017

se homogenizan, como sucede en nuestra generación de consumidores de información compulsivos y viajes indiferenciados, la necesidad de preguntar por el otro se extingue, por lo tanto, el deseo de aprender y explorar la diferencia de aquello que no soy yo, se vuelve un placer obsoleto.

Hace unos meses conocí a un hombre, ya rozando los cuarenta, muy “geek” él, tan ágil en los computadores que rara vez dejaba su casa. Era un corrector de estilo independiente y sus trabajos, desde hacía más de una década, poco o nada le exigían salir de su casa. Cuando le pregunté qué tipo de libros corregía, me contestó que en muchas ocasiones eran manuales o textos de carácter técnico traducidos al español. No pude evitar entonces preguntarle si tenía clientes de muchas partes del mundo, o si sus encargos venían exclusivamente del mundo hispano. Él me dijo que algunos trabajos provenían de Hispanoamérica, pero la mayoría eran pedidos del Asia, en especial de China, Japón y Corea del Norte, donde por el volumen de producción nece-

sitaban correcciones y trabajo de edición hecho por hispanohablantes nativos para sus manuales de usuario. En el culmen de mi curiosidad le pregunté si de vez en cuando no sentía curiosidad por hacer contacto con sus clientes y viajar al otro lado del mundo. Su respuesta fue sorpresiva para mí: afirmó que no era necesario, pues por YouTube, Google Earth, guías de viajeros como *Lonely Travel*, blogs, los documentales de Netflix, *The Guardian*, BBC y *National Geographic*, tenía lo suficiente como para *conocer* el sudoeste asiático y el mundo en general. No era necesario ir, viajar, pues en la comodidad de su casa, podía saber *todo* lo que quisiera saber sobre *el mundo*. Fue de esos momentos donde supe, a fuerza de mi sonrojo, que la conversación había terminado. Quizá me sonrojé por cierta culposa imprudencia, por pena ajena, pero tengo que admitir que en el fondo la emoción subyacente era el enojo. Enojo por recordarme que así como su actitud de total indiferencia frente a la posibilidad de explorar, o mejor, preguntar a ese otro, su grado de miopía voluntaria hacía tangible un rasgo preocupante de muchos de mis conocidos y coetáneos: no importa cuántos kilómetros acumulemos, en cuántos lugares hayamos hecho *check-in* para las memorias de nuestro Facebook, nuestro interés por la diferencia se ha reducido simplemente a la cómoda homogenización del mundo y a la lectura que hacemos de este, a partir de la eliminación de la diferencia que ha implicado las estandarizaciones del consumo cultural y simbólico global.

Hemos logrado, como dice Rafael Argullol, hacer reinar al provinciano global y, con este, a la abolición de las preguntas como vía para habitar el mundo. Para Argullol, en contraposición al cosmopolita, ese caminante abierto a ser moldeado y afectado por la diferencia, aquel sujeto lleno de preguntas y siempre abierto a aprender de la diferencia como Gautama Buda, Flora Tristán, José Juan Tablada o Lafcadio Hearn, el provinciano global es un personaje que aspira a recorrer el mundo en el mismo registro. En vez de buscar acercarse al otro, pedir por la pieza de información perdida que hace de la pregunta siempre un puente hacia el afuera, este aspira a llegar a los mismos hoteles y los mismos cafés ya sea en Cali como en Estambul, sin nunca perder la conexión a *wifi*, exigiendo que el mundo siempre responda a sus demandas en la misma clave, en el mismo registro político, cultural o económico.

Es el mismo que ha perdido el placer de la lectura lenta de los libros, el teatro y las películas, para reempla-

zarla por la sobresaturación de las noticias y los cortos de YouTube que le dan la autoridad de hablar de casi todo y de nada al enfatizar, en su naturaleza bastante solipsista, pero siempre bien informada. Este provinciano, ese que preocupantemente comenzamos a cargar todos nosotros, es una figura que, al carecer del valor de la diferencia, o mejor, al temerla, ha decidido acabar con el formato básico de la comunicación que implica la pregunta y la respuesta, es decir, el diálogo como una manera de pensar y pensarse el mundo. Pasamos de la premisa: “El diálogo todo lo puede arreglar y se puede aprender de la diferencia”, a la de: “Con esta gente no se puede hablar, por lo tanto, siempre hay que actuar y demostrar”; lo que nos acerca de manera cada vez más vertiginosa a la hegemonía del totalitarismo y los liderazgos de un sólo jefe carismático (llámese Le Pen, Uribe, Maduro, obviamente Trump, Putin, etc.) de los que hablaba el sociólogo Weber, hace tanto tiempo atrás.

Desde ese ángulo, me da miedo pensar que pertenezco a una generación que en su extirpación de la pregunta ha hecho al Otro innecesario, por tanto, en su tendencia al monólogo, ha transformado la diferencia en un problema y una amenaza al ideal de la aldea global que hemos alimentado como el gran paradigma de nuestra adultez. No solo no preguntamos, tememos preguntar, pues la diferencia se nos ha transformado en un error local de fábrica que nos hace temblar al empujarnos a pensar en la particularidad: esa terrible característica que nos lleva a necesitar al otro como complemento a nuestra consustancial soledad originaria.

### Coda

No sin sentirme algo anacrónica, comienzo a sentir nostalgia por las charlas con los viejos, como mi padre que, aunque nunca tuvieron la oportunidad de viajar tanto como nosotros o acceder a las fuentes de información del mundo, sí tenían la admirable capacidad de preguntarse por el afuera y, lo más importante, de asombrarse con todo aquello que no eran. Ellos, la generación de los lectores de Thomas Mann, Stefan Zweig, Anatole France y Teilhard de Chardin. Creo que ellos fueron los últimos cosmopolitas, los grandes viajeros sin grandes distancias recorridas, que siempre abrazaron la diferencia como ese vasto territorio imperfecto al que valía la pena arrojarse. Aunque siempre admiraron la capacidad de nosotros, sus hijos y sus nietos, para desplazarnos por el mundo, creo que nunca imaginaron en qué nos convertiríamos... ■